

MIS ENCUENTROS CON RENÉ URIBE FERRER

Darío Valencia Restrepo

Durante la agitada década de 1960, el estudiante de ingeniería civil en la Facultad de Minas tuvo la excepcional oportunidad de conocer y aprovechar las sabias enseñanzas de un profesor de formación alemana, heideggeriano para más señas, de nombre Daniel Ceballos Nieto, quien con el concurso de otro distinguido profesor, el español Bernardo de Nalda, concibió y desarrolló un ejemplar pensum de humanidades para aquella facultad. El primero de los nombrados tenía en el centro de la ciudad la llamada Librería Universal, en cuya pared del fondo, es fácil recordarlo, tenía escrita en grandes caracteres la frase “La verdad os hará libres”.

Durante las agradables y aleccionadoras tertulias que con frecuencia el estudiante sostenía con su profesor en dicha librería, algún día aquel recibió de este la sorprendente recomendación de un libro titulado *Modernismo y poesía contemporánea*, de René Uribe Ferrer, autor desconocido por el estudiante. Sin entender bien el porqué de esa recomendación, algo que sin embargo más adelante reconocería con gratitud, el estudiante adquirió el libro y al llegar a su casa tuvo una honda impresión al leer los siguientes apartes del prólogo del libro, escrito por Rafael Maya:

“Uribe Ferrer es un joven profesor de Filosofía y Literatura en la muy ilustre Universidad Bolivariana de Medellín. Vive dedicado a sus cátedras, que desempeña con lucidez magistral, y se halla tan apartado de la ostentación vanidosa como de la modestia falsificada. Es un hombre equilibrado, consciente de su valor, sinceramente humano en todas las manifestaciones de su vida, y entregado con método y devoción al cultivo de sus aficiones intelectuales.”

Mucho tiempo después de este primer encuentro, recordaría cómo las introducciones del libro al análisis de cada uno de los poetas mayores de nuestra lengua, allí incluidos, lo pusieron por primera vez en contacto con el significado y los alcances de la crítica literaria, a la vez que pudo apreciar la importancia de poetas apenas conocidos superficialmente. Y, por supuesto, tendría que recordar lo acertado de aquel esbozo biográfico del prólogo, así como el bello dibujo que lo acompañaba, cuyos acusados rasgos le serían familiares más adelante.

El segundo encuentro sería propiciado cuando Uribe Ferrer era miembro de la junta directiva del denominado Cine-Club de Medellín y quien esto escribe era director del mismo. Algún día la historia reconocerá el enorme significado y los aportes a la cultura de dicha entidad, surgida en un medio provinciano y pacato, pues formó una generación de apreciadores del buen

cine y estimuló la creación de otros clubes de cine, varios de ellos universitarios, que aparecerían más tarde. Gracias merece el fundador y director por muchos años, Alberto Aguirre, así como agradecimiento merece la colaboración de los otros miembros de dicha junta, Iván Amaya y Bernardo Hoyos.

Estaba por iniciarse una reunión de aquella junta directiva, cuando se aproximó al grupo una figura discreta y serena, de noble presencia, que tendió la mano a los presentes y manifestó su amable interés por aquel a quien no conocía. Se inició una discusión sobre la posible presentación de una película que no gozaba de acogida general. Fue entonces posible observar la posición firme de aquella persona en defensa de sus profundas convicciones, pero con una argumentación ilustrada que permitiría tomar una decisión por consenso. El diálogo, el amor por el llamado cine de autor, favoreció en todo momento la organización ininterrumpida del cine club por largos años, al igual que puso de presente que la pluralidad de opiniones no debe obstaculizar el cumplimiento de propósitos comunes.

Una delicada situación puso en peligro la supervivencia del Cine-Club de Medellín en sus primeros años de existencia. La cartelera comercial de los teatros de la ciudad, todavía más que en la actualidad, estaba dominada por las producciones de los grandes estudios de Hollywood, aunque ocasionalmente se presentaban películas mexicanas y en menor grado argentinas. En el Medellín parroquial de entonces, no faltaron quienes creyeron que la naciente entidad proporcionaría una oportunidad para ver películas de fuerte contenido erótico y casi pornográfico, las denominadas por alguna sección de la prensa como “Prohibidas para todo católico”.

En razón de que algunas autoridades eclesiásticas, con mayor influencia social que la de hogaño, expresaron sus reservas sobre ese club de cine, el doctor René, como le decíamos, se ofreció a hacer parte de una comisión que visitaría al arzobispo de la ciudad con el fin de expresarle que se trataba de una organización privada; que solo presentaría los filmes para los socios inscritos previamente; que el único criterio de selección era la calidad de las películas; y que toda proyección estaría precedida por una presentación de algún conocedor y seguida de una discusión entre los presentes que desearan participar. El respeto y acatamiento que a aquellas autoridades merecían los conceptos del doctor René, despejó las dudas y la prevención que amenazaban el funcionamiento del Cine-Club.

El siguiente encuentro aconteció en 1984 cuando quien esto escribe, como rector de la Universidad de Antioquia, entregó al escritor Ernesto Sábato la distinción de Profesor Honoris Causa. No fue posible entregarle la de

Doctor Honoris Causa en Literatura, pero esa es otra historia. Aquella ceremonia se convirtió en un verdadero pandemonio, con el Paraninfo de la institución incapaz de contener el gentío que allí acudió, con la necesidad de que escritor y rector tuvieran que entrar al recinto casi abriéndose paso a codazos. Terminada la sesión como buenamente se pudo, el rector alcanzó a distinguir, en el desorden que también acompañó la salida del público, una estilizada figura que, al acercársele, con inolvidable generosidad le manifestó que no era amigo de ditirambos pero que me felicitaba por el discurso al ofrecer la distinción. Pude percibir en su rostro alguna expresión que parecía indicar que no se encontraba del todo bien. Sería la última vez que aquel antiguo estudiante conversaría con un auténtico maestro de nuestro tiempo.

Pero la vida puede proporcionarnos encuentros póstumos, esta vez también debido a un libro, como si se cerrara el ciclo abierto por el primer encuentro. La buena amiga Gloria María Uribe, hija del doctor René y grata compañera de tertulias, una vez supo de mi admiración por su padre me regaló un libro escrito por él, de exquisita presentación y gran formato, titulado *El grito de Job*. Es bellísima su poesía, entroncada con la gran mística española, pero a la altura de nuestro tiempo. Los versos del libro tienen un ritmo que se siente como sucesivos golpes, con un crescendo que lleva hasta el sosiego final. Además, es ejemplar el uso expresivo y castizo del lenguaje, con reiteraciones que le dan gran fuerza al texto. Una rara demostración de que el crítico de poesía, conocido por el primer libro, era también el gran poeta que nos legó el libro del último encuentro.

Publicado en el libro

René Uribe Ferrer, el Maestro y la estética

Hernán Uribe López, compilador

Fondo Editorial Universidad EAFIT

2016